

Manuel Belgrano: Autobiografía de un reformista-revolucionario
Manuel Belgrano: The Autobiography of a reformist-revolutionary

Eduardo José Míguez¹. UNCPBA; UNMdP.

Resumen

El trabajo analiza las memorias autobiográficas de Manuel Belgrano, buscando la lógica de aquel texto en el contexto de la vida del autor y del proceso de transformación de la región del Plata, primero a través de la reforma, y más tarde por medios revolucionarios. Destaca la vocación intelectual de su autor y el carácter circunstancial de su acción militar. Contrasta la autobiografía de Belgrano con la de Cornelio Saavedra, y dialoga con las dos interpretaciones más destacadas de la primera, la de Bartolomé Mitre y la de Tulio Halperín Donghi.

Palabras clave: Manuel Belgrano; autobiografía; Río de la Plata; reforma; revolución.

Abstract

This article discusses Manuel Belgrano's autobiographic memoirs, searching for the meaning of the text in the life of its author and the process of transformation of the River Plate, through reform at first, and then through revolution. It stresses the intellectual calling of its author, and the merely circumstantial character of his military career. In compares Belgrano's autobiography with that by Cornelio Saavedra, and it dialogues with the two more outstanding interpretations of the former, that by Bartolomé Mitre, and the other by Tulio Halperin Donghi.

Key words: Manuel Belgrano; autobiography; Río de la Plata; reform; revolution.

Con poco más de cuarenta años, cuando corría el año 1814, quien había sido uno de los más ricos herederos de Buenos Aires, refugiado en el pueblo de Luján, se abocó a redactar una lacónica autobiografía. Venía de cuatro años de una vida frenética que lo había

¹ Estudió en la Universidad de Buenos Aires y se doctoró en Oxford en 1981. Es profesor titular de Historia Argentina en la Universidad Nacional de Mar del Plata y en la UNCPBA, donde además fue vicerrector. Es autor de Historia económica de la Argentina (Sudamericana, 2008), El mundo del Martín Fierro (EUDEBA, 2005) y compilador de Un nuevo orden político. Provincias y estado nacional 1852-1880 (Biblos, 2010)

sumido en un mundo que no era el suyo. Como recuerda en aquel texto, había iniciado su educación en Buenos Aires y su padre había dispuesto más tarde su traslado a España para estudiar y practicar el comercio, continuando con la exitosa tradición familiar. Fiel a la usanza de la época, un hermano mayor se formaba como clérigo en Córdoba. Pero aquellos agitados años no eran los más propicios para que un espíritu inquieto y con vocación de trascendencia, como muestran las primeras líneas de sus memorias:

Nada importa saber o no la vida de cierta clase de hombres que todos sus trabajos y afanes los han contraído a sí mismo, y ni un solo instante han concedido a los demás; pero la de los hombres públicos, fuera cual fuere, debe presentarse, o para que sirva de ejemplo que se imite, o de una lección que retraiga de incidir en sus defectos ” (Belgrano, 955, las mismas líneas fueron difundidas en su más famosa biografía, Mitre, 4),

se abocara a obtener los conocimientos y la experiencia que pudieran multiplicar la ya extensa fortuna familiar.

Manuel Belgrano, que, naturalmente, de él se trata, sería absorbido por el torbellino reformista que por entonces convocaba a la intelectualidad peninsular. Campomanes, Floridablanca, Olavide, Jovellanos, para mencionar solo algunos de los más destacados, eran los obligados referentes de esa vocación por modernizar a la postergada monarquía hispana. Sus estudios de derecho y el título de abogado que obtendría de ellos, eran el medio en aquella época – y lo seguirían siendo por más de un siglo – para dar respaldo universitario a una formación que en verdad se orientó a lo que hoy llamaríamos economía política. A las lecturas obligadas en el campo en la época, Adam Smith, Filangieri, Genovesi, Quesnay, el joven nacido en Buenos Aires agregaría sus intercambios con sus colegas empeñados como él en la égida reformista (Valenzuela y Sanguineti). El

reconocimiento ganado a una temprana edad en los círculos intelectuales españoles lo devolvería a Buenos Aires como Secretario del Consulado, y desde allí iniciaría la prédica por la transformación del mundo colonial; de ese mismo mundo que había hecho rica a su familia.

¿Qué llevó a que dos décadas después de su regreso a su tierra de nacimiento aquel intelectual con vocación política se decidiera a sintetizar los grandes rasgos de su vida? Como ocurre con frecuencia, la motivación para tomar la pluma y evocar el pasado propio fue dar cuenta, hacer justicia, justificar, aquella trayectoria. En este caso, unos años llenos de hechos impactantes y terribles que lo habían alejado de sus raíces familiares y de su vocación personal.

Mucho antes de esta transformación, los primeros años tras su regreso al Plata habían transcurrido en el habitual contraste de los intentos por transformar la monarquía católica y su política colonial. Si en el pináculo de la burocracia borbónica no era infrecuente encontrar hombres bien inclinados a la transformación, estaban inevitablemente sujetos a lo que en otro lado he llamado *la paradoja del reformista* (Míguez, 2019). Para transformar la sociedad es necesario construir poder, y para hacerlo debe recurrirse a los mismos recursos que uno desea transformar. Y al valerse de ellos, legitimarlos y reforzarlos. Reformar las instituciones desde dentro de ellas mismas es una ardua tarea, cuyo éxito depende en buena medida de que el azar – o, lo que a efectos prácticos es similar, la historia, que el actor no controla – cree las condiciones adecuadas.

Los reformistas hispanos lucharon con poco éxito con esa paradoja hasta que la crisis de la monarquía en 1808 – cuando aprisionado el Rey por Napoleón, este colocó a su hermano José en el trono – abrió una ventana de oportunidad. Rebelados contra el monarca

impuesto desde Francia, la convocatoria a Cortes y la Constitución de 1812 les dio a los reformistas liberales la ilusión de haber logrado sus primeras metas. La restauración de 1814, sin embargo, mostraría lo efímero del éxito. Todo un siglo, y mucho más, si pensamos en el franquismo, tardaría España en ir logrando lentamente desembarazarse de la cultura de antiguo régimen.

Pero para suerte, o desgracia, según se lo vea, de Belgrano, las cosas en América serían bien distintas. Esa misma crisis dinástica que en la península permitió a las elites liberales tomar por un tiempo control del gobierno, en América las impulsó a buscar apartarse definitivamente de un reino que desde el otro lado del Atlántico aparecía como el bastión más poderoso de una forma institucional anquilosada. El ex secretario del Consulado dio acabada cuenta de esta visión. Según nos cuenta, todos los proyectos que propuso desde su puesto consular chocaron con la propia institución desde la cual los formulaba o con la burocracia regia: “Mi ánimo se abatió y conocí que nada se haría en favor de las provincias por unos hombres que por sus intereses particulares posponían el del común” (957). Muchas de sus propuestas de cambio se estrellaban con la indiferencia de las élites económicas porteñas, representadas en la institución que asistía, muy felices de beneficiarse de las normas monopolistas como lo había hecho el padre del secretario reformista. Otras eran detenidas desde el gobierno central, más preocupado por los costos fiscales que por el progreso de las colonias.

Más allá de esto, la frase recién citada no solo muestra el desencanto de Belgrano con las posibilidades que le brindaba un puesto que, salvando las enormes diferencias, se aproximaba un poco a lo que hoy sería Secretario de Comercio e Industrias. Muestra además algo recurrente en todos los textos del creador de la bandera celeste y blanca.

Profundamente imbuido de la tradición religiosa, su adhesión a ideas fisiócratas y liberales no lo alejó del voluntarismo moralista católico. A diferencia de los segundos, para quienes el bien común emerge de la persecución del beneficio individual, Belgrano siempre creyó que la búsqueda del mejoramiento colectivo debía surgir de la rectitud de la acción de los hombres, que renunciando a sus intereses mezquinos, buscaran el beneficio general. Y que la educación era el camino para fomentar esa rectitud.

Por ello, poco sorprende que su autobiografía busque antes que nada dar cuenta de su vocación por aprender y de su voluntad de hacer el bien social. Pero al intentar hacerlo, nos dice, descubriría que no solo los acendrados intereses monopolistas de los comerciantes ibéricos y la avaricia fiscal de la corona resistirían las ansias de reforma. La renovación en un marco revolucionario, y ya no reformista, le requeriría asumir funciones para las que no estaba bien preparado, según él mismo confesaría.

Ya en tiempos coloniales, como parte de una trayectoria en una sociedad de antiguo régimen que el autor de la memoria autobiográfica prefiere mencionar sólo tangencialmente, había iniciado su actuación militar, integrando las muy formales milicias urbanas coloniales. La incongruencia práctica de aquel lugar simbólico se haría para él evidente cuando la decisión de Sir Home Riggs Popham de invadir Buenos Aires demostró que, tal como estaban constituidas, aquellas fuerzas carecían de valor militar. En un plano más íntimo, le mostraron a Belgrano que carecía de los más elementales conocimientos que necesitaba para conducir una fuerza guerrera. A diferencia de muchos otros de los principales protagonistas del movimiento revolucionario que tendría lugar cuatro años más tarde, el futuro insurgente no se destacaría en los hechos de 1806-7. Sin embargo, aquella conciencia de ignorancia, que lo llevó a sumirse en el estudio de la organización y las

tácticas militares, sería el necesario prolegómeno para su carrera en el Río de la Plata rebelde. Así, quien en realidad jugará principalmente un papel importante como inspirador intelectual de la revolución, pasaría a la historia como el *General* Manuel Belgrano.

Este énfasis tendría en realidad su primer sustento en el carácter mismo de la revuelta de mayo de 1810. El mundo colonial rioplatense había sido regido hasta 1806 con el respeto a criterios deferenciales, que hacían que las constantes confrontaciones por intereses y por espacios simbólicos en las elites se condujeran en la parsimonia de una vida social ritualizada.² Al debilitar el vínculo con la metrópoli, dificultado ya por el permanente estado de guerra abierto por la revolución en Francia, los hechos de 1806-7 introducirían en aquel alejado rincón del imperio una agitación política que en áreas más centrales tenía ya tiempo, como reflejan figuras como la de Antonio Nariño en Colombia y Francisco Miranda en Venezuela. Pero en tanto allí el fermento revolucionario se había transmitido en el marco del ideario liberal-revolucionario norteamericano y francés, en el Plata las élites intelectuales no habían sobrepasado los límites de la reforma antes de que la presencia británica las impulsara a imaginar un cambio más radical, con prescindencia de la península. Pero el mismo hecho que inició el proceso dio el protagonismo de los hechos no a los intelectuales reformistas, ahora crecientemente revolucionarios, si no a los jefes de milicias criollas,³ que eran a su vez destacados miembros de las élites. Esto dio al estallido

² Sobre los intereses Moutoukias 1992, 1998, sobre las disputas por los espacios simbólicos y su vínculo con los intereses, Peire 2000, una visión general sobre la ritualización del conflicto en Elias, 1993.

³ Cabe recordar que las milicias no eran militares profesionales, sino civiles que recibían entrenamiento militar, y que solo eran movilizados, y recibían paga, en coyunturas críticas. Los oficiales y jefes principales de las milicias eran integrantes de las propias élites, algunos comerciantes, como Cornelio Saavedra, otros integrantes de la burocracia colonial, como el propio Belgrano.

revolucionario del Río de la Plata el tono de una asonada militar en beneficio de las clases acomodadas locales, a la vez que el de una revolución político-ideológica. Y si el predominio del hecho militar en una revolución es eventualmente casi inevitable, en el Plata estaba en el centro desde los mismos orígenes.

Esa, sin embargo, no fue la vía de ingreso de Belgrano. A la vez que buscaba adquirir los conocimientos más rudimentarios del arte de la guerra, pensaba en la concreción de sus planes de transformación del mundo a través de la acción política. Y la abdicación de Carlos IV en favor de Fernando VII, y la posterior prisión de ambos y su reemplazo por José I en 1808, impulsó a varios futuros revolucionarios, y de manera destacada entre ellos a Belgrano, a buscar negociar una monarquía autónoma y liberal, con aval británico, a través de Carlota Joaquina, la hermana de Fernando casada con el heredero de Portugal residente en Brasil (Ternavasio).

Mientras esta y otras alternativas políticas concentraban a burócratas e intelectuales, las conspiraciones militares dominaban la escena efectiva del poder en Buenos Aires. El héroe de la reconquista, Santiago de Liniers, se había hecho del poder gracias al apoyo de sus tropas, y sería desafiado por el líder militar de Montevideo, Francisco Javier de Elío, y el jefe del cabildo porteño y de las milicias peninsulares, Martín de Álzaga. Pero ninguno de ambos intentos – efímero el primero, fracasado el segundo – evitaría el predominio de las milicias criollas en Buenos Aires. Este es el tema central de otra de las varias breves memorias escritas por revolucionarios de Mayo, que vale la pena contrastar con la de Belgrano por la diversidad de su enfoque de los mismos hechos.

Las líneas iniciales del escrito que en 1829, poco antes de su muerte, legara Cornelio Saavedra a sus descendientes no difieren tanto de las de Belgrano, e incluso es

probable que se hayan inspirado en aquellas. Su argumento es que en todas las sociedades, jerárquicas o democráticas, unos hombres se distinguen por los servicios que han prestado a los demás, servicios que deben ser reconocidos con distinción y honores no sólo en vida, también de manera póstuma. La injusticia que con tales hombres suele cometerse debe ser reparada, sea en el tribunal de justicia sea en el de la memoria (Saavedra, 1033). La preocupación de Saavedra por su reivindicación póstuma tenía fundamento en su propia experiencia de vida, que de tenerlo brevemente como principal protagonista por poco más de un año luego de la revolución, lo echó primero en el desahucio, y luego al olvido. Su preocupación por su auto-reivindicación fue sin embargo innecesaria: sus hijos y nietos serían protagonistas en la historia de Argentina y Chile, y su nombre sería recordado con respeto, si bien menos venerado que el de Belgrano, su socio revolucionario y rival político.

Pero aquella opaca trayectoria, y el mismo perfil del protagonista, explican que el paralelo con la memoria del Secretario del Consulado se limite a aquellas líneas iniciales. La historia que Saavedra nos relata es rica en los hechos militares que desde las invasiones británicas llevaron a la revolución y lo tuvieron como principal protagonista, y de los conflictos políticos que tras aquella lo condujeron del pináculo del poder al ostracismo primero, y a la marginación económica más tarde. En su visión, mayo es ante todo la rebelión de los españoles americanos ante los peninsulares, y el trasfondo ideológico que hace de ese cambio una verdadera revolución, que es el nervio explicativo de las memorias de Belgrano, no tiene lugar en los recuerdos del Presidente de la Primera Junta de gobierno patrio. Ya las primeras líneas de las memorias nos advierten de esa diferencia. Si para 1829 la igualdad liberal está ya tan asentada que es inútil cuestionarla, las palabras iniciales, “Sea cual fuere el sistema que gobierne las sociedades de hombres civilizados...” (1033)

sugiere que el democrático, al que identifica con la igualdad ante la ley – y al que considera solo una alternativa por la que no manifiesta ninguna preferencia explícita –, no equivale a una igualdad social. Y quizás ello explique que cuando la revolución fue adquiriendo su verdadero carácter, un hombre como Saavedra no encontrara en ella un lugar destacado. Así lo delata su ironía sobre el gobierno rivadaviano: “los nuevos reformadores que se nos vinieron de Europa” (1076). Si las luchas partidarias no se detendrían con la caída del sector conservador en que Saavedra había descollado, ya ninguna facción pondría en duda la esencia liberal-revolucionaria de Mayo.

Así, las peripecias políticas de Belgrano, ligadas a los altos y bajos de su carrera militar, no lo apartaban de la vocación de transformación social que resumen sus memorias. Y aunque su autor no podía saber que, al menos en el plano ideológico-institucional, la democracia republicana instalada de manera progresiva pero acelerada desde 1810 sería el destino ineluctable de aquellas tierras, su visión de 1814 intenta justificar sus acciones en los principios de aquella transformación.

En esto, el texto que comenzó entonces a escribir se ve como una obra con un plan más vasto, que responde a su enunciación inicial. La edición que hoy se ha vuelto canónica, la efectuada en 1960 por el Senado de la Nación, siguiendo los esfuerzos de Mitre por reunir el material, incluye el relato sobre la expedición al Paraguay (1810-11), seguramente redactado – o al menos parte de él – antes de las memorias, que incluyó en el plan de su labor en Luján de 1814, posiblemente adaptándola un poco. También incluye una “Memoria sobre la Batalla de Tucumán”, que también parece anterior al proyecto autobiográfico, y que quizás fue lo que le dio origen. Este último escrito, que no llegó a integrar a su autobiografía, recuerda más a las memorias de Saavedra, ya que en un tono

más mezquino que el de aquellas busca explicar sus acciones denostando a sus eventuales enemigos.

Estos textos quizás contribuyan a responder el interrogante que formulamos en nuestras primeras líneas. ¿Por qué aquel intelectual reformista-revolucionario decide escribir sus memorias en 1814? La revolución lo había obligado a tomar las armas, y su primer acción al mando de un “ejército” – Belgrano aclara que aquel era un nombre desmesurado para las tropas que comandaba –, la expedición al Paraguay, termina en una, según el propio autor, previsible derrota. Pero su fortuna cambiaría en su próximo destino. Enviado al Norte para sostener a la deshilachada revolución después del desastre de Huaqui (20/6/1811), dos afortunados hechos de armas, en Tucumán (22/9/1812) y en Salta (20/2/1813), lo transformaron en el héroe del momento. Su nueva incursión al Alto Perú, sin embargo, no tuvo más éxito que la anterior, y tras los contrastes de Vilcapugio (1/10/1813) y Ayohuma (14/11/1813), se verá forzado a retirarse a Tucumán. Desde allí es enviado a Luján, donde escribió el texto que aquí analizamos. Y esta evolución parece dar cuenta del plan de una obra que nunca completó.

Al insistir su autor reiteradamente en sus escasos conocimientos y entrenamiento militar resulta claro que quiere dejar sentado que no debe ser juzgado por un oficio que no es el suyo. Si asumió, contra su mejor criterio, esas responsabilidades, fue porque así se lo requirió el proceso político ante unas circunstancias insoslayables. Es por ello que el nervio de su escrito está en la justificación intelectual de la revolución. La necesidad de aquella por el bien común es la razón que lo impulsó a asumir responsabilidades para las que no estaba preparado. Es previsible que pensara integrar a ese relato una narración de sus peripecias militares, ajustada al tono que en él se percibe. Esto puede verse en las primeras

líneas de la narración de la aventura paraguaya. Pero seguramente otras preocupaciones lo quitaron de su labor autobiográfica, y el texto está claramente trunco.

La trayectoria posterior de quien estaría llamado a formar parte del altar de la patria no fue más brillante que la que precedió a sus memorias. Una frustrada misión diplomática a Europa, donde los tiempos revolucionarios estaban en retirada, precedió su regreso al comando del ejército del Norte, que ejerció sin brillo mientras su camarada revolucionario José de San Martín, él sí militar de profesión, obtenía los éxitos que asegurarían el triunfo de la independencia. Como bien percibió Mitre, la trayectoria de Belgrano podía ser usada como la vertebradora de una historia de la revolución porteña, y la de San Martín de la independencia de la región.

Volviendo ahora a sus memorias, vale preguntarse hasta qué punto la imagen que ellas dan de su autor como paladín del cambio de ideas en el Plata resiste la crítica del tiempo. Las visiones en ese punto son controversiales. Con su inteligente sarcasmo, Tulio Halperin Donghi (2012) ha rastreado en el mismo texto y en otros, y en sus actitudes, todo lo que allí pervive de la cultura de antiguo régimen. El breve libro del más destacado historiador argentino del siglo XX nos ha presentado la paradoja de un hombre que alcanza el pináculo de la gloria póstuma a través de una larga secuencia de fracasos. Mucho antes, el antiguo subordinado militar del General Belgrano, José María Paz, además de ratificar, desde la altura de su bien ganado prestigio profesional, el escaso saber militar que el propio Belgrano admitía gustoso (Paz, *pássim*, ver también las notas a las ediciones de los textos de Belgrano sobre Paraguay y la Batalla de Tucumán en Belgrano 1960), recuerda con la característica malicia de sus memorias la transformación jerárquica que él observa en Belgrano a su regreso de Europa, cuando abandona las ideas republicanas que acompañaron

su etapa revolucionaria, especulando con una monarquía que dé sustento a la independencia. Su remozado monarquismo iría acompañado de un influjo aristocratizante que, según Paz, lo aleja de la cultura democrática del ejército que debe conducir.

Es probable que la menos severa imagen de su más clásico biógrafo sea igualmente plausible. Como ya se insinuó, Mitre se propuso exaltar la epopeya revolucionaria a través de la biografía del creador de la bandera. Aquel incidente, al que Belgrano no otorga lugar en sus recuerdos, es retomado por Mitre para enaltecer al general intelectual a la altura de uno de los dos grandes héroes de la patria. Pero si su lugar en la coronación del pendón celeste y blanco fue tomado por Mitre, y por la historiografía posterior, tanto tirios como troyanos, como la referencia canonizante, su papel como uno de los númenes ideológicos de la revolución, que en definitiva, es el que Belgrano quiere transmitir en su texto, es destacado por Mitre, férreo republicano y liberal progresista que no deja de recordar con censura su posterior vuelco monárquico.

La pervivencia de estructuras mentales arcaicas en un transformador no parecen justificar el escepticismo halperiniano. Las que detecta, y en ocasiones exagera, son las previsibles en un hombre educado en una cultura que busca cambiar pero de la que no puede emanciparse como si nunca hubiera sido la suya. Los cambios sociales son siempre inevitablemente más graduales de lo que se juzga necesario cuando ellos ya se han concretado. El giro monárquico de Belgrano, en cambio, parece más un producto de las circunstancias que de resabios ideológicos. Cuando Paz escribió sus memorias (c. 1850), y Mitre su primer ensayo biográfico de Belgrano (1857), con la independencia y la opción republicana aseguradas, resultaba fácil enrostrar a los hombres que habían hecho la revolución – y aquí se igualan los dos grandes héroes nacionales – su flaqueza

programática, por haber especulado con la opción monárquica. Pero no solo el contexto de la Europa de la restauración, si no las dificultades para construir un orden socio-político estable en los nuevos estados, hacían que después de 1815 pensar en poderes monárquicos en la América que había sido española fuera todo menos un dislate. O en todo caso, si lo era, se debía fundamentalmente a que sería imposible construir una legitimidad monárquica en un territorio en el que la monarquía había sido siempre distante. Y en todo caso, la ambigua figura del caudillo, con su poder paternal y personal de impronta “tradicional”, y su carácter “carismático” – para apelar a un lenguaje weberiano –, dan cuenta de la dificultad de hacer primar los elementos “nomológicos” en el sustento de la legitimidad del orden político en América Latina.

En mi criterio, entonces, estas críticas no obscurecen los argumentos con los que Manuel Belgrano busca dar cuenta de su trayectoria. Volcado a modernizar el mundo en el marco de la monarquía borbónica, descubriría las enormes dificultades que entrañaba la tarea. Y llevado por el torbellino político desatado por la revolución francesa y sus intrincadas ramificaciones, intentaría una vía revolucionaria, que depararía derivaciones igualmente desafiantes. Fue entonces la conciencia de las enormes dificultades a las que debió enfrentar y de su escaso éxito en lograrlo, seguramente, lo que llevó a Belgrano a intentar justificar los rumbos que había escogido.

Referencias bibliográficas:

Belgrano, Manuel (1960) [1814]. “Autobiografía del General Manuel Belgrano, que comprende desde sus primeros años (1770), hasta la revolución del 25 de mayo (con notyas del General Bartolomé Mitre)”, en Biblioteca de Mayo, Tomo II, *Autobiografías*, Buenos Aires: Senado de la Nación, 951-1000.

Elias, Norbert (1993). *La sociedad cortesana*, México: FCE.

Halperín Donghi, Tulio (2012). *El enigma de Belgrano*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Míguez, Eduardo José (2019). “La paradoja del reformista”, *Estudios Sociales*, 56, 247 - 254.

Mitre, Bartolomé (1947) [1887]. *Historia de Belgrano*, Buenos Aires: Estrada.

Moutoukias, Zacarías (1992). Réseaux personnelles et autorité coloniale: Les négociants de Buenos Aires au XVIIIe siècle, *Annales ESC*, 4-5, 645-682.

Moutoukias, Zacarías (1998). "Redes sociales, comportamiento empresario y movilidad social en una economía de no mercado (el Río de la Plata en la segunda mitad del siglo XVIII)", en B. Zeberio, M. Bjerg y H. Otero (comp.), *Reproducción social y sistemas de herencia en una perspectiva comparada*, Tandil: IEHS, 63-82.

Paz, José María (1968) [1855]. *Memorias*, Buenos Aires: Schapire.

Peire, Jaime (2000). *El taller de los espejos. Iglesia e Imaginario 1767-1815*, Buenos Aires: Claridad.

Saavedra, Cornelio (1960) [1829]. “Memoria autógrafa”, en Biblioteca de Mayo, Tomo II, *Autobiografías*, Buenos Aires: Senado de la Nación, 1027-1078.

Ternavasio, Marcela (2016). *Candidata a la corona*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Valenzuela, Diego y Mercedes Sanguineti (2013), *Belgrano, la revolución de las ideas*, Buenos Aires: Sudamericana.